

Galería Isabel Aninat:

Mujeres de 3 generaciones

WALDEMAR SOMMER

Insólito. Una de las salas capitales más prestigiosas se ha atrevido a desafiar el tradicional receso estival de febrero manteniendo abiertas sus puertas. De ese modo, Galería Isabel Aninat está presentando una exhibición directamente atractiva. Dedicada a tres generaciones con mujeres artistas, permite apreciar personalidades muy diferentes entre sí. De la agrupación con las nacidas entre 1923 y 1943, hoy todas fallecidas, Roser Bru y Gracia Barrios saben imponerse. Su vuelo asoma esencialmente plástico, a través de una imaginería personal. De la primera tenemos uno de los aguafuertes protagonizados por Kafka, aquí el con Milena en el centro de la mente y subrayado por un azul muy oportuno. Otra de sus ricas facetas temáticas se halla representada a través de la gracia de un simbolismo ideológico y de un mayor color. También Barrios ofrece dos asuntos e intermediarios distintos: el colorido *gouache* con un dúo de amor —su factura algo recuerda

las evanescencias de Redon— y, pareados en gráfica blanca y negra, rostros femeninos, donde uno es el célebre Grito desgarrador. Si Patricia Israel se mantiene dentro del ámbito pictórico de un cromatismo rutilante y protagonistas muy suyos, Lotty Rosenfeld apunta a medios que apuntan por entero a la contemporaneidad: la acción del arte y la severa fotografía sin coloración. Así, de la serie de las cruces en el pavimento se recogen la bastante mostrada visión frente a nuestro Palacio de La Moneda y, de mayor novedad, una escena londinense y su claroscuro potente.

Fechas de nacimiento desde 1950 a 1971 encarnan tres representantes. Aunque de inspiración floral, no pueden resultar más disímiles las construcciones de Mónica Bengoa y de la peruana Cecilia Paredes. Esta úl-

tima muestra una de sus típicas jóvenes sumergidas, mimetizadas corporalmente con su multicolor entorno vegetal. Ella aporta, además, algo que no esperábamos: la pequeña intervención fotográfica de un simpático puercoespín con púas auténticas. En cambio, el aire monumental de cada gran flor de Bengoa se traspasa, viceversa, a la peculiar factura de sus profundos relieves a partir de diez capas de filtros alrededor del rojo. Añade a esto, sin color, un par de bastidores redondos con narrativo texto bordado. En cuanto a Voluspa Jarpa, entrega cinco óleos con algunos de sus innumerables escritos desclasificados y anulados por el negro, donde se incluyen dos fachadas de edificios relacionados con ellos. No obstante, similar material ahora plastificado con resina, le permite lograr una

interesante e inesperada construcción plenamente escultórica.

Con respecto a la generación más joven, las artistas nacidas entre 1977 y 1991, se ha vuelto a elegir a cuatro. Como la provista de mirada más tradicional tenemos a la argentina Mariana Najmanovich y su cuarteto pictórico. A través de coloraciones apagadas, deja ver retratos que tienden a ocultarse o femeninas máscaras de piel y senos postizos, unas y otros un tanto artificiosos. Por su parte, Manuela Viera-Gallo nos propo-

TEJIENDO NEXOS ENTRE TRES GENERACIONES DE ARTISTAS MUJERES

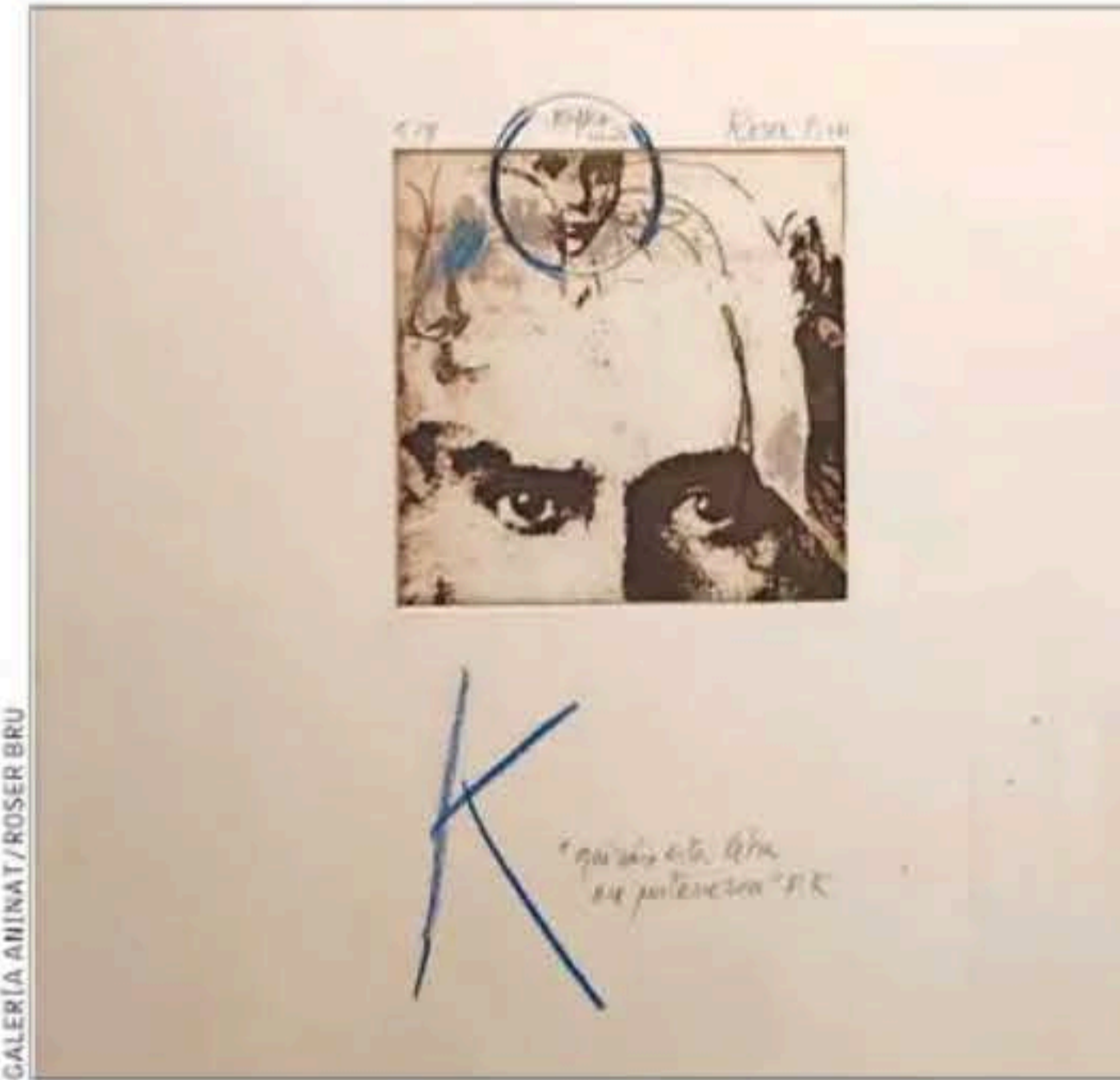
Estimulante conjunto que incluye diversas autoras

ESCRIBIR EN EL CORAZÓN DE UNA PIEDRA

Bisecciones botánicas de Rolando Cisternas

Lugar: Galería Isabel Aninat

Fecha: hasta el 19 de marzo



Roser Bru (1923-2021) está presente con aguas fuertes protagonizados por Kafka.

ne vivas pigmentaciones neoexpresionistas, para contestatarios desnudos femeninos. Por el contrario, a la cabeza de cada una de sus tallas en madera de pájaros injerta la protagónica aleación con objeto óptico, otorgándole malicioso atributo onírico. Especialmente actuales resultan, por último, los trabajos de Catalina Swinburn y, para nosotros, de la hasta ahora desconocida Fernanda López. Ambas, con la mayor claridad, hacen del tejido su fuente de inspiración. Pero de maneras del

todo diversas. Así Swinburn parte de pequeñas unidades cuadradas en papel, fragmentadas de la partitura de *Il ritorno d'Ulisse in patria*, la estupenda ópera de Monteverdi. Con ellas tejió una hermosa capa ritual —como la protagonista musical— para una *performance* suya, aquí fotografiada. El punto de partida de López arranca desde un ovillo de lana y el proceso de hacer y rehacer su urdiembre por manos diferentes. Todo ese desarrollo artesanal se encuentra descrito a través de una transfiguración gráfica de signos textiles sobre papel y sobre el muro, escoltados por prosa explicativa; además hay un video con la real labor manual.

Rolando Cisternas, otro desconocido, expone aparte en el Gabinete de la galería. Son dibujos con carboncillo y tinta china sin color. Cual bisección anatómica, representan hiperrealistas fantasías vegetales, minuciosas, viscerales sobre planos vacíos o, a veces, dentro de paisajes pedregosos. Acaso podrían emparentarse ellos con la obra lineal de Gonzalo Pedraza.